

con que el monje Cirilo lo relata, se ve de su parte tanta veneración y ternura para con el Santo, y tanta humildad de parte del Santo, que no se sabe cual de los dos se debe admirar más, si Anastasio en las muestras de respeto que tributaba á su virtud, ó Eutimio en la baja idea que tenía de sí mismo. El primero cogiéndole las manos se las besaba con afecto, y le abrazaba con extrema ternura diciéndole: « Mucho tiempo há, mi venerable Padre, que yo deseaba estrechar esas manos con las mías; pero os ruego con todas mis instancias, roguéis al Señor que se cumpla en mí hasta el fin lo que vos habéis predicho, y manifestadme también todo aquello que os hará conocer en adelante. » San Eutimio cuya modestia sufría por estas pruebas de estimación de parte de Anastasio, respondió con una humildad profunda que era mas propio de él, el obtenerle del cielo las gracias que necesitaba, y también le recomendó su monasterio y los religiosos que Dios había puesto en él bajo su dirección.

Mientras tanto habiendo Teutista dejado vacante la superioridad de su monasterio, que después se llamó el monasterio de san Teutista, san Eutimio confió su gobierno á Maris, tio de Terebón, quien, como hemos dicho, en el mismo había abrazado la vida religiosa, y se hallaba entonces en una edad avanzada volviéndose después á su laura. A los dos años de gobierno murió Maris, y san Eutimio colocó en su lugar al monje Longino, cuya conducta siempre había sido digna de elogios.

San Sabas relataba después á sus religiosos que, cuando Longino gobernaba este monasterio, los dos fueron á ver á san Eutimio en el desierto de Ruban, donde se encontraron con Domiciano, Martirio, Elías y san Gerásimo; que el Santo le cogió en particular con Domiciano, y los condujo á un desierto más escondido, donde sólo se nutrían de raíces; pero que habiendo penetrado más adentro, se hallaron en

una tierra tan árida, que ni agua encontraban en ningun sitio. San Sabas, añadía, que no estando aún acostumbrado á sufrir la sed, no podía aguantar más, y que san Eutimio movido de compasión, se retiró solo, hizo su oración á Dios, y escavando enseguida con el azadón que le servía para arrancar las yerbas, al momento salió un agua cristalina con la cual apagó su sed.

También muchas cosas que el Santo había predicho á los tres hermanos, Cosme, Crisipo y Gabriel, se cumplieron después de la muerte de san Teutista. Si Dios le esclarecía así sobre los otros, no le dejó ignorar lo que le atañía á sí mismo, sobre todo el tiempo de su muerte así como lo que debía suceder después de él en su laura. Aquellos que de esto fueron testigos lo refirieron al monje Cirilo quien nos lo ha transmitido sobre su relación. Le dijeron, pues, que el último día de la octava de la Epifanía, aquellos que debían seguirle hasta el fondo del desierto, donde se retiraba todos los años para pasar la cuaresma, habiéndosele presentado, hallaron que nada tenía preparado para el viaje. Le preguntaron si estaba preparado para partir al día siguiente y él les respondió: « Pasaré toda la semana con vosotros en la laura, y el sábado á medianoche nos separaremos. » Tres días después, que era la fiesta de san Antonio, les ordenó que pasasen la noche en preces dentro de la Iglesia, y después de los Maitines reunió á los ancianos y les declaró que esta era la última vigilia que hacía con ellos. Les hizo retirar y llamó solamente á Domiciano cerca de él; pero muy de mañana todos los religiosos se reunieron y les dirigió el siguiente discurso.

« Mis padres, mis hermanos y mis hijos muy amados en Jesucristo (distinguiendo así á los ancianos de los otros más juvenes), yo voy á entrar en los senderos de mis padres, y como quiera que vosotros siempre me habéis manifestado mucho afecto, vengo hoy á pedirlos la última prueba, que



será practicando fielmente lo que voy á recomendaros. La primera es la caridad, que es el núcleo de todas las virtudes cuyo conjunto forma la perfección cristiana y religiosa ; pues la caridad es para las otras virtudes lo que la sal para el pan, y sin ella las demás virtudes no tienen gusto y son insípidas, mientras que la caridad las vuelve firmes y sólidas viniendo acompañada de la humildad. Esta humildad también os la recomiendo, porque eleva á la perfección á aquel que la practica sinceramente, como la caridad hace que permanezca firme en este estado é impide que caiga de él. La caridad es no obstante mas excelente que la humildad, pues por la caridad que Jesucristo tuvo con nosotros, se humilló y se anonadó hasta hacerse semejante á nosotros. En tercer lugar os recomiendo la oración y la salmodia ; pues aunque esto conviene á todos los hombres, puesto que todos deben rogar á Dios alabarle, y darle gloria, nosotros estamos obligados más estrechamente que el común de los fieles, ya porque estamos comprometidos á su servicio por los votos, ya porque estando libres por la gracia de nuestra vocación, de los cuidados y de las fastidiosas necesidades del siglo tenemos todo el tiempo necesario para dedicarnos á una ocupación tan santa. Conservaos siempre en grande pureza de espíritu y de cuerpo ; sed asíduos en la sagrada colecta para glorificar en ella al Señor, y observad con la mayor fidelidad la santa regla *que nos vino de lo alto*. » Estas últimas palabras merecen alguna atención. Se vé que los santos Institutores de las órdenes no presentaban sus reglas como su propio trabajo sino como el fruto de sus oraciones cerca de Dios, quien les esclarecía para que nada prescribieran á sus discípulos sin la mediación de su divino Espíritu ; y esto debe inspirar á las almas religiosas un profundo respeto á las santas reglas y una grande fidelidad en observarlas.

« Cuidad del mejor modo que os sea posible, continuó

el Santo de aquellos que están en la aflicción. Instruid y fortificad á aquellos que se hallan combatidos por la tentación, por temor que descuidando el avisarlos ó animarlos, se vayan debilitando y caigan en los lazos del demonio. En fin, os doy por último consejo, y os lo recomiendo encarecidamente, que jamás cerréis la puerta á los que vengan, sino que siempre les esté abierta. Hacedos cargo de que teneis una misma casa con ellos, y que vuestros bienes os son comunes con los necesitados, y estad seguros que en el cielo recibiréis por ello muy grande recompensa. »

Después de estas recomendaciones les preguntó á cual de entre ellos deseaban tener por superior. Le declararon todos en una voz que este era Domiciano ; y él les respondió que esto no podía ser, por cuanto Domiciano sólo le sobreviviría siete días. Quedaron todos maravillados por una predicción tan precisa, y le pidieron á Elías, natural de Jericó y ecónomo del monasterio de san Teutista.

Elías estaba presente, y el Santo dirigiéndose hácia él, le dijo : « Ved como todos los Padres os eligen por su pastor y su superior. Velad, pues, sobre vos mismo y sobre la grey que se os ha confiado. No debo dejaros ignorar que es voluntad de Dios que convirtais dentro de algún tiempo la laura en monasterio. » Al mismo tiempo le indicó el sitio donde debía construirlo y el plan que convenía seguir ; enseguida le prescribió cuanto debía hacer tocante á la hospitalidad, á la salmodia, á la observancia de la regla, y le recomendó de un modo especial que tuviera gran cuidado de la salud de todos, y sobre todo de aquellos que estaban afligidos por la tentación. Por fin, dirigiendo de nuevo la palabra á todos, les dijo con una ternura paternal : « Si Dios me concede su misericordia, le pediré por primera gracia el estar siempre en espíritu con vosotros, y con aquellos que vendrán aquí después de vosotros. »

Enseguida los despachó no quedándose con él mas que



Domiciano ; y tres días después pasó á mejor vida la noche del sabado, como él había pronosticado, siendo de edad de noventa y siete años, el 20 de enero del año 473. El monje Cirilo nos describió su imagen en estos términos : « Era dulce y cándido. Tenía un rostro largo y redondo, y el color hermoso, el aire agradable los cabellos blancos, la talla mediana, y su barba que estaba bien poblada, descendía hasta el ombligo. Estaba sano en todos los miembros de su cuerpo y ni siquiera había perdido un diente. »

Este historiador siempre solícito en marcar las épocas, enseguida nos presenta como en un solo punto de vista todas las de su vida. Dios le prometió, dice, á sus padres en una revelación, como hemos dicho. Fué consagrado al Señor en el tercer año de su edad, al principio del imperio del gran Teodosio, y habiendo pasado por todos los grados de la clero hasta el presbiterado inclusive, fué á Jerusalén á la edad de veintinueve años ; pasó sesenta años en la soledad, y por fin murió al decimo sexto del imperio de León. Se pueden ver sobre esta cronología las sabias notas de Bolando y Tillemont.

Al momento de su muerte, san Gerásimo que moraba cerca del Jordán, vió subir su alma al cielo conducida por los ángeles y de ello advirtió á san Ciríaco que estaba en su monasterio. Al instante se fueron á la ermita, en donde el patriarca Anastasio se hallaba con un gran número de sus eclesiásticos, entre los cuales estaban Crispio, Gabriel y Fido. También acudió una multitud increíble de solitarios y de laicos, y se hicieron allí tantos milagros, que no podían dejar de admirar las maravillas de Dios en su siervo.

Había tanta gente, que los soldados que el patriarca se había llevado para impedir el desorden, apenas pudieron contener la muchedumbre que se apresuraba por ver el santo cuerpo ; y estaban ya á las nueve de la noche que aun

no habían podido llegar al lugar de la sepultura. Por fin lo pusieron en un lugar decente cantando himnos y otras preces acostumbradas, derramando todos muchas lágrimas por la pérdida de tan gran hombre. Martirio y Elias sobre todo no podían cesar de llorar, por más que el patriarca Anastasio hizo cuanto pudo para consolarlos. Mientras tanto dió orden á Fido que se quedara en la laura, á fin de disponer cuanto se necesitaba para el monumento que había proyectado erigirle ; y habiendo regresado á Jerusalén al momento envió allí los obreros y los materiales necesarios.

Durante este tiempo, Domiciano, ese gran discípulo del insigne Eutimio, como le llama el monje Cirilo, y el fiel imitador de sus virtudes, quien le había servido más de cincuenta años, no abandonó su tumba. Permaneció en él seis días, y el séptimo el Santo le apareció y le dijo, con un rostro sobre el cual resplandecía la alegría celestial : « Venid á gozar de la gloria que Dios os ha preparado. Él se ha dignado unirnos allí. » Domiciano fué á dar conocimiento de esto á los hermanos que se reunían para el oficio divino. También él asistió con ellos, y murió teniendo el corazón colmado de alegría en la esperanza de los bienes eternos.

El diácono Fido, á quien el patriarca Anastasio había comisionado para el monumento que quería levantar al Santo, se dió todos los cuidados que él podía desear para secundar sus miras. Cambió la caverna en iglesia, haciéndola engrandecer y decorar con hermosos ornamentos. Colocó en medio el sepulcro del Santo, y por cada lado los de los sacerdotes, de los egúmenos ó superiores y de otros venerables personajes ; y cuando todo estuvo hecho, el patriarca envió de Jerusalén la piedra sepulcral, la urna de plata, las celosias y todo cuanto pudo contribuir á hacer este monumento igualmente rico que respetable. Luégo él mismo se fué á la laura é hizo la traslación del cuerpo del



Santo con gran pompa, del lugar donde provisionalmente lo habían depositado, al sepulcro que estaba preparado. Tomó también todas las medidas que su prudencia le inspiró para que estas santas reliquias estuviesen en seguridad sin que nadie se pudiese llevar la menor parte para trasladarla á otro lugar. Después se volvió á Jerusalén, llevándose consigo á Martirio y Elías, á quienes ordenó de presbíteros y asoció al clero de la santa Resurrección.

El monje Cirilo asegura que hasta el tiempo en que escribía la historia del Santo, su sepulcro era muy frecuentado, y que aquellos que iban allí á orar con fé por alguna gracia que necesitasen, eran escuchados favorablemente por Dios. Hablaremos en el capítulo siguiente de muchos milagros de que también hace mención, al tratar de los sucesores de san Eutimio. Nos resta hacer observar que este gran Santo profesaba una profunda veneración á la memoria de san Arsenio; que escuchaba con una piadosa avidez las relaciones que los monjes que venían de Egipto le hacían de las grandes virtudes que había practicado, cuya memoria grababa profundamente en su alma para animarse á imitarlas; sobre todo su amor al retiro, su humildad, su pobreza, su abstinencia, su perseverancia en la oración, su compunción, y su atractivo para la contemplación. Con frecuencia se decía á sí mismo como este Santo, á fin de estimularse en la práctica de las virtudes religiosas: *¿Porqué he venido á la soledad?* Se cuenta también que á imitación del mismo santo, dormía muy poco y lo hacía ó sentado ó apoyado solamente en una cuerda colocada en un ángulo de su celda; y cuando el sueño le atormentaba, le decía como este santo: *Ahora vienes, mal servidor.* En fin san Ciríaco dice de él que su mortificación era tan grande, que jamás persona alguna le había visto perder el tiempo en discursos inútiles, ni tampoco comer, á excepción del sábado ó domingo.

---

#### DISCIPULOS Y SUCESOES DE SAN EUTIMIO<sup>1</sup>.

En este capítulo sobre los discípulos de san Eutimio, nada más diremos de san Teutista de aquello que hemos dicho en la Vida de san Eutimio, de quien fué el fiel compañero y el coadjutor en sus trabajos y en su celo para la salud de las almas. El historiador Cirilo nada más nos dice de él. Se pueden contar tantos discípulos de este Santo, cuantos san Teutista formó en su monasterio, puesto que, como hemos dicho, san Eutimio le enviaba todos aquellos que se dirigían á él para ser admitidos en la vida religiosa; y que de otra parte con frecuencia iban á visitarlo en su caverna para consultarlo sobre sus dudas ó sus penas interiores, ó para aprovecharse de sus instrucciones. Él mismo el sábado iba al monasterio, fuera para participar con ellos de los santos Misterios, fuera para darles sus consejos. Así es que san Teutista gobernaba su monasterio con una especie de subordinación á san Eutimio, ó todo lo menos conjuntamente con él, de modo que estando encargado del mando, nada emprendía sin su consejo, y dejaba en completa libertad á sus religiosos para recurrir á él todas las veces que de ello tuvieran necesidad.

Esto hace ver cual era su humildad y la pureza de su celo, incapaz de la baja envidia, de la codicia y de la ambición y no buscando más que la gloria de Dios y la salud de sus hermanos. Parece no obstante que era más viejo que san Eutimio; á lo menos hacía más tiempo que habitaba la

<sup>1</sup> Cirilo, Vit. PP., Nicéforo, Focio, los Bolandistas, Cotelier.